

EDITORIAL

En los últimos años, la Universidad de Panamá ha tenido una agenda cambiante y crecientemente compleja, que involucra diversas tensiones en su gestión. Ante las nuevas circunstancias de universidades alternas, sistemas competitivos de educación superior, restricción de recursos fiscales, la globalización de la información, la complejidad de la vida académica, la presión evaluativa, las rendiciones de cuenta y la imperiosa necesidad de adaptarse continuamente a circunstancias en permanente transformación, la Universidad con parsimonia entrega respuestas bien diferenciadas mediante acciones en diversos temas tales como la evaluación y la acreditación, o la contrapuesta “transformación curricular”. Por otra parte, la sociedad panameña está experimentando cambios importantes con la intervención de científicos, tecnólogos y técnicos fuera de los espacios académicos tradicionales. Además, la misma producción de conocimiento avanzado se ha diversificado, al igual que las prácticas de investigación y el uso creativo de sus resultados. Lo dicho significa que el saber, y el saber hacer, se generan ahora en muchos y distintos espacios. También significa que el personal que usa y reconfigura la información y los datos producidos por otros en lugares distintos pertenece a otros sectores sociales. Un acucioso examen revelaría que en la Universidad de Panamá el modelo de una universidad dedicada a la titulación de profesionales ha prevalecido. No obstante, en los últimos tiempos se debate de entre distintos modelos de universidad a seguir.

La mayor parte de los sistemas de educación superior nacieron a partir de cuatro grandes modelos históricos de referencia: el sistema napoleónico en Francia, el sistema alemán elaborado por Humboldt, el del Reino Unido y el modelo estadounidense, “regido por el mercado”. Hasta hace poco tiempo se habría podido añadir el “modelo” soviético y sus epígonos, basados en una economía dirigida.

El modelo napoleónico es uno de los ejemplos más antiguos de utilización por el Estado de la universidad como herramienta de modernización de la sociedad, a través de un control estricto del financiamiento de la institución y de la designación del personal académico y de una legislación que garantice una repartición equitativa de los recursos nacionales en todo el territorio. En su forma

clásica, la universidad napoleónica es el instrumento de la afirmación de una identidad nacional propia, basada en los principios del reconocimiento del mérito y de una igualdad formal, principios que se apoyan a su vez en una administración poderosa. Su objetivo es formar profesionales con un saber eminentemente práctico y aplicado. Los docentes de este modelo conocen los avances de la ciencia y los enseñan sin participar, salvo excepciones, de la generación del conocimiento: son profesionales que dedican parte de su tiempo a la vida académica.

El modelo humboldtiano, que debe su nombre a Wilhelm von Humboldt, el reformador radical del sistema universitario prusiano a comienzos del siglo XIX, se presenta a menudo como la piedra angular de los centros modernos de investigación universitaria, cuya meta es “hacer que retrocedan las fronteras del conocimiento”. La Reforma Universitaria de Córdoba, en 1918, planteó como alternativa a la tradición napoleónica, incorporar el modelo universitario humboldtiano, basado en la investigación científica y la incorporación de sus resultados en la enseñanza. De acuerdo a este modelo, el personal académico debe gozar de la autonomía indispensable para cumplir su cometido, a salvo de toda interferencia. El Estado debe garantizar la independencia de la enseñanza y de la investigación, las dos grandes misiones de la universidad. En varias universidades latinoamericanas, con la introducción de este modelo se estableció el concepto de docente-investigador con dedicación exclusiva, los concursos abiertos y periódicos, y las estructuras académicas departamentales en contraposición a las tradicionales cátedras-feudo. La universidad humboldtiana ha constituido el paradigma de la enseñanza superior, teñido de un cierto carácter elitista. Sin embargo, la instalación completa de este modelo quedó apenas bosquejada y, hasta la actualidad, es minoritario. El motor del modelo científico son los docentes-investigadores con dedicación exclusiva, para los cuales la universidad es una parte central de sus vidas por ser su único ámbito laboral.

El tercer modelo de referencia, basado en la ley del mercado, procede de Estados Unidos. Se distingue en que hace hincapié en la noción de “saber útil”, arraigada en los contextos actuales y, lo que tal vez explique su atractivo hoy en día, establece estrechos lazos con la economía.

El cuarto modelo es el británico. Se cita a menudo como el mejor ejemplo de lo que ha de ser un sistema universitario dotado de amplia autonomía institucional. Las universidades británicas eran conocidas por la importancia que daban al rendimiento intelectual de sus alumnos, pero también a la realización personal de éstos. Los estudiantes debían residir en los campus, constituyendo así no sólo una comunidad universitaria, sino practicando también una vida en común. Reservado durante mucho tiempo a la educación de una elite, el sistema británico tardó en democratizarse, adquiriendo un carácter masivo sólo en los años ochenta.

Esos cuatro modelos, con sus particularidades, fueron seguidos por las universidades del mundo entero, en especial después de los años cincuenta, época en que éstas se desarrollaron en todas las latitudes. Los acontecimientos que se dieron origen en la mitad del siglo XX en la estructura económica de las naciones, así como en los grandes avances científicos y tecnológicos han obligado a las universidades públicas y centros de investigación de los países en vías de desarrollo a revisar el papel de la educación, y en particular el de la educación superior.

En nuestro caso, debemos revisar los paradigmas sobre el papel que debe jugar la universidad en un mundo cada vez más globalizado. También debemos continuar en la lucha por desarrollar una política académica en sentido amplio, que nos permita romper el modelo de una universidad dedicada, no sólo a la titulación de profesionales, sino a la construcción de saber y a la apropiación tecnológica.

Consejo Editorial